

Los perros guía: una mirada histórica desde la discapacidad visual

José María Sánchez González¹. Col. 20.891

María del Carmen Sánchez González¹. Col. 17.944

Concepción De Hita Cantalejo¹. Col. 24.027

¹ Profesor Titular de Universidad (US)

Introducción

La relación entre los seres humanos y los animales ha tenido a lo largo de la historia múltiples expresiones, pero pocas tan nobles y funcionales como la que se establece entre una persona ciega y su perro guía. A lo largo del tiempo, estos fieles compañeros han sido mucho más que simples asistentes: se han convertido en auténticos mediadores entre la oscuridad y la autonomía, entre la dependencia y la libertad.

En el contexto de la salud visual, el uso de perros guía representa un hito en la historia de la rehabilitación de personas con discapacidad visual. Aunque a menudo se asocian con épocas recientes, su uso tiene raíces profundas que se remontan a la antigüedad clásica. Su evolución ha estado íntimamente ligada a momentos históricos clave, como las guerras, los avances en el adiestramiento canino y la sensibilidad social hacia las personas con diversidad funcional.

Este artículo propone un recorrido histórico por el origen, desarrollo y expansión internacional del uso de perros guía, con una mirada especial desde el ámbito de la optometría y la atención a personas con baja visión. A través de esta revisión, se pretende reivindicar su papel no solo como herramientas terapéuticas, sino como protagonistas de una historia compartida entre humanidad, ciencia y empatía.

Primeras representaciones históricas

Aunque el uso organizado y sistemático de perros guía es relativamente reciente en la historia de la discapacidad visual, existen evidencias iconográficas que sugieren una relación funcional entre personas ciegas y perros desde tiempos antiguos. Una de las representaciones más antiguas conocidas proviene de un mural del siglo I d.C. hallado en las ruinas de Herculano, ciudad romana sepultada por la erupción del Vesubio

(Figura 1). En dicha obra, se muestra a un perro caminando junto a una figura humana que, por su actitud corporal y la forma de su desplazamiento, ha sido interpretada como una persona ciega. Este tipo de asociación visual entre el perro y la ayuda a invidentes reaparece ocasionalmente en la iconografía medieval europea, especialmente en iluminaciones de manuscritos y bajorrelieves, aunque de forma esporádica y simbólica.

Estas primeras manifestaciones no representan aún un sistema estructurado de entrenamiento ni una función específica atribuida al animal más allá de la compañía y protección. Sin embargo, evidencian un primer reconocimiento social del perro como figura aliada del ser humano vulnerable. En sociedades donde la ceguera no siempre implicaba marginación total, el acompañamiento de un perro podía interpretarse como una extensión de la voluntad del individuo, como una especie de “visión prestada” en un mundo que, de otro modo, quedaba fuera de su alcance sensorial.

Durante la Edad Media y el Renacimiento, los registros escritos sobre personas ciegas en Europa son escasos y fragmentarios. No obstante, algunos relatos populares y referencias en la literatura describen a ciegos desplazándose con la ayuda de niños, bastones o, en menor medida, perros (Figura 2). El papel del perro, sin embargo, aún no estaba codificado ni sistematizado en forma de adiestramiento. Su presencia respondía más a la intuición que a la planificación.

Estas representaciones tempranas, tanto gráficas como narrativas, son esenciales para entender la posterior evolución del perro guía como figura institucionalizada. Reflejan una percepción histórica en la que la ceguera no era necesariamente sinónimo de pasividad, y donde los animales empezaban a formar parte de estrategias informales de autonomía personal. Aunque habrá que esperar a los siglos XVIII y XIX para hablar de un verdadero proceso de entrenamiento canino con fines guías, el germen simbólico y emocional de esta alianza estaba ya presente desde los albores de nuestra civilización.

Primeros entrenamientos documentados

El tránsito desde la representación simbólica hasta la utilización funcional del perro como guía de personas ciegas comienza a consolidarse en el siglo XVIII. Uno de los primeros casos documentados de entrenamiento individualizado de un perro con fines de ayuda a la movilidad corresponde a Josef Reisinger, un artesano ciego originario de Viena. En torno a 1780, este joven fabricante de cribas entrenó a su propio perro de raza Spitz con tal eficacia que algunos contemporáneos llegaron a dudar de que Reisinger fuera realmente ciego. Su caso llamó poderosamente la atención por demostrar que era posible establecer una comunicación estructurada entre el perro y su dueño, basada en señales, confianza y aprendizaje conjunto. No obstante, fue en el siglo XIX cuando se dio un paso



FIGURA 1

Fresco romano del siglo I d.C. hallado en Herculano que representa a una figura ciega acompañada por un perro.



FIGURA 2

Caricatura francesa de 1797 que muestra a un ciego guiado por su perro, reflejo temprano del vínculo funcional entre ambos.

fundamental hacia la sistematización del entrenamiento de perros guía. En 1819, Johann Wilhelm Klein, director del Instituto para Ciegos de Viena, publicó un manual titulado *Lehrbuch zum Unterricht der Blinden* ("Manual para la instrucción de los ciegos"), que incluía por primera vez directrices específicas sobre el uso de perros como asistentes de movilidad. Klein, considerado una de las figuras clave en la pedagogía de la ceguera en Europa, no solo promovía el empleo de animales adiestrados, sino que proponía un sistema técnico y repetible que podía aplicarse en instituciones.

Entre sus recomendaciones destacan el uso de un bastón rígido de guía —en lugar de la correa flexible más común en paseos— para mantener al perro en una trayectoria estable y cercana al cuerpo del usuario. Asimismo, sugería ciertas razas concretas, como el pastor alemán y el caniche (poodle), por su inteligencia, docilidad y capacidad de concentración en entornos urbanos. El método de Klein, aunque limitado por los conocimientos etológicos de la época, marcó un precedente decisivo en el abordaje pedagógico de la movilidad para personas ciegas.

Estas primeras experiencias constituyen los cimientos sobre los que se construirán, décadas más tarde, las primeras escuelas de entrenamiento canino para invidentes. El reconocimiento del perro no solo como animal de compañía, sino como mediador técnico entre el entorno y una persona con discapacidad visual, fue un avance crucial en la historia de la inclusión. En este periodo, la figura del perro guía dejó de ser una anécdota individual para convertirse en una posibilidad educativa y terapéutica a escala social.



FIGURA 3

Billete alemán de emergencia (Notgeld) que ilustra a un veterano ciego guiado por un perro tras la Primera Guerra Mundial.

De Alemania al mundo: la expansión internacional y el impulso americano

Tras el éxito de las primeras escuelas alemanas de perros guía, especialmente la fundada en 1916 en Oldenburg, el modelo germano comenzó a difundirse rápidamente a otros países (Figura 3). La gran cantidad de soldados ciegos tras la Primera Guerra Mundial impulsó la creación de programas similares en Reino Unido, Francia, España, Italia, Estados Unidos, Canadá y Rusia, muchos de ellos directamente inspirados en las técnicas desarrolladas en Alemania. Mientras algunos veteranos ciegos accedían a perros guía y programas de rehabilitación, muchos otros ↪



FIGURA 4

El vendedor de cerillas ciego (Otto Dix, 1921), denuncia visual de la marginación de los veteranos con discapacidad.

⤵ quedaron marginados, como denuncia gráficamente la pintura de Otto Dix en 1921, *El vendedor de cerillas ciego*, símbolo del abandono social de los mutilados tras la guerra (Figura 4).

Uno de los episodios más significativos en esta fase de internacionalización tuvo lugar en la década de 1920, cuando la criadora y entrenadora de perros Dorothy Harrison Eustis, estadounidense residente en Suiza, visitó una de las escuelas alemanas de perros guía. Profundamente impresionada, escribió un artículo en el *Saturday Evening Post* titulado *The Seeing Eye* (1927), donde narraba con entusiasmo el trabajo realizado con veteranos ciegos.

El artículo inspiró a Morris S. Frank, un joven ciego de 19 años de Nashville (Tennessee), quien viajó a Suiza en 1928 para formarse con Eustis y entrenarse junto a Buddy, su primer perro guía (Figura 5). Ese mismo año, Frank regresó a Estados Unidos y realizó una demostración pública en Nueva York que causó gran impacto mediático, atravesando de forma segura un cruce especialmente peligroso.

Juntos, Frank y Eustis fundaron The Seeing Eye, la primera escuela de perros guía en América, inicialmente establecida en Nashville. Su trabajo fue pionero no solo en el entrenamiento de perros, sino también en la defensa de los derechos de acceso de las personas ciegas, contribuyendo a una mayor visibilidad social y jurídica de esta figura.

Así, a través de la combinación del modelo europeo y el impulso norteamericano, los perros guía comenzaron a consolidarse como símbolos de independencia, dignidad y movilidad segura para las personas con discapacidad visual en todo el mundo.



FIGURA 5

Morris Frank junto a Buddy, el primer perro guía entrenado en Estados Unidos en una imagen de 1928.

Nacimiento de la organización británica y expansión global

El ejemplo estadounidense no tardó en tener su eco en Europa. En 1934, con el apoyo de Dorothy Harrison Eustis, se fundó en el Reino Unido la organización *The Guide Dogs for the Blind Association*, que marcó un antes y un después en la institucionalización del perro guía en el contexto británico. Esta entidad, que comenzó con recursos limitados y un enfoque principalmente voluntario, creció rápidamente hasta convertirse en una de las instituciones más emblemáticas en el ámbito de la discapacidad visual a nivel mundial.

En sus primeros años, *The Guide Dogs for the Blind* desarrolló programas de entrenamiento centrados en el binomio perro-persona ciega, fortaleciendo no solo el aspecto técnico del adiestramiento, sino también el vínculo emocional entre ambos. La organización fue clave en el desarrollo de campañas de sensibilización, la promoción de la legislación que garantizara el acceso de las personas ciegas acompañadas de sus perros guía a espacios públicos, y la formación de instructores especializados.

El modelo británico, al igual que el estadounidense y el alemán, sirvió de base para la creación de numerosas escuelas de perros guía en otros países durante las décadas siguientes. Con el tiempo, se consolidó una red internacional de organizaciones que compartían metodologías, protocolos de selección de perros y criterios éticos, lo que permitió avanzar hacia estándares comunes de calidad y profesionalización del sector.

Hoy en día, los perros guía están ampliamente reconocidos y protegidos por legislación en muchos países. Su presencia en la vida de las personas con ceguera o baja

visión no solo mejora la movilidad y la seguridad, sino que también aporta confianza, bienestar emocional y una mayor autonomía personal. Gracias a la labor de estas organizaciones pioneras, el perro guía se ha convertido en uno de los símbolos más reconocibles de la inclusión y la accesibilidad universal.

Guías, compañeros y protectores: el valor del perro guía hoy

En el siglo XXI, los perros guía son mucho más que asistentes funcionales para personas con discapacidad visual: son compañeros de vida, facilitadores de independencia y auténticos aliados emocionales. Su labor va más allá del simple acompañamiento en el desplazamiento: proporcionan seguridad, reducen la ansiedad en espacios desconocidos, y fortalecen la autoestima de sus usuarios al favorecer una vida más autónoma. Numerosos estudios han destacado el efecto terapéutico que los perros guía generan en quienes los utilizan. La presencia de un perro entrenado no solo mejora el acceso físico al entorno, sino que también actúa como puente social, reduciendo el aislamiento y fomentando la interacción con otras personas. Para muchos usuarios, el vínculo con su perro guía representa una relación de confianza mutua difícil de igualar: el animal no juzga, no discrimina, y responde con fidelidad y entrega a las necesidades de su compañero humano. Este impacto emocional se ve reforzado por el reconocimiento social del perro guía como figura respetada. En muchos países, la legislación garantiza su acceso libre a espacios públicos, transporte, centros educativos, sanitarios y lugares de ocio, reforzando así la integración plena de las personas ciegas en la vida cotidiana. Por todo ello, el perro guía es hoy una herramienta de accesibilidad, pero también un símbolo de dignidad y libertad personal. Su figura encarna el avance de una sociedad que no se limita a ofrecer soluciones técnicas, sino que promueve modelos de convivencia basados en la empatía, la autonomía y la igualdad de oportunidades.

Perros guía y óptica-optometría: una alianza para la autonomía visual

Aunque el entrenamiento y asignación de perros guía corresponde a entidades especializadas, su presencia en el ámbito de la discapacidad visual está estrechamente vinculada con la labor del óptico-optometrista. Como profesionales sanitarios de primera línea en el cuidado de la visión, los ópticos-optometristas juegan un papel fundamental en la detección, evaluación y orientación de personas con baja visión o pérdida visual irreversible. En muchos casos, es el óptico-optometrista quien, tras realizar una valoración funcional de la visión, puede derivar al paciente a programas de rehabilitación visual o informar sobre la posibilidad de acceder a un perro guía como parte de un plan integral de apoyo. Su conocimiento clínico permite establecer el grado de limitación visual, pero también identificar las capacidades residuales que pueden potenciarse con ayudas ópticas,

entrenamientos específicos o apoyos externos como los perros guía.

Además, en programas de baja visión, el profesional de la optometría participa en el entrenamiento de habilidades visuales remanentes, orientación espacial y coordinación sensorial, aspectos que resultan complementarios al trabajo que realiza un perro guía. La coordinación entre equipos multidisciplinares —optometristas, instructores de movilidad, psicólogos y técnicos en rehabilitación— es clave para ofrecer un enfoque centrado en la persona.

Desde la perspectiva humanista de la profesión, el perro guía representa también un recordatorio del compromiso ético de los ópticos-optometristas con la mejora de la calidad de vida de sus pacientes. No se trata únicamente de corregir defectos refractivos o prescribir ayudas visuales, sino de acompañar a las personas en el proceso de reconstrucción de su autonomía y bienestar.

Conclusión

La historia del perro guía es también la historia del esfuerzo humano por superar barreras y devolver autonomía a quienes han perdido la visión. Desde las primeras representaciones en la antigüedad clásica hasta la creación de escuelas especializadas en el siglo XX, el recorrido de estos fieles compañeros ha estado marcado por la empatía, la innovación y la cooperación internacional.

El perro guía no solo ha transformado la vida cotidiana de miles de personas ciegas, sino que también ha cambiado la forma en que la sociedad percibe la discapacidad visual: de una condición pasiva a una realidad con capacidad de adaptación, autonomía y plenitud. Su presencia simboliza el respeto a la dignidad individual y la confianza en las posibilidades de rehabilitación.

En este proceso, el papel del óptico-optometrista ha sido —y sigue siendo— esencial. Su intervención clínica y su labor de orientación constituyen el primer paso para que muchos pacientes accedan a recursos como el perro guía, integrando así su atención dentro de un modelo multidisciplinar centrado en la persona. 

Referencias

- Scholtz S, Posel S, Wöbke TK et al. Guide Dogs. The Four-Footed Eyes of the Blind. In: *Curiosities in Medicine: Alphabetically*. Springer Nature Switzerland AG, 2023. https://doi.org/10.1007/978-3-031-14002-0_29
- Fishman GA. When your eyes have a wet nose: the evolution of the use of guide dogs and establishing the seeing eye. *Surv Ophthalmol*. 2003; 48(4): 452–8.
- Bonneau LJ. Compensation for sight loss with a guide dog. *Insight - J Am Soc Ophthalmic Reg Nurses*. 2000; 125(4): 125–7.
- González Méndez L, Navarro L. El papel del óptico-optometrista en la orientación a pacientes con baja visión. *Rev Iberoam Optom*. 2021; 15(2): 15–22.
- International Guide Dog Federation. History of guide dogs. <https://www.igdf.org.uk/guide-dogs/history-of-guide-dogs/> [consultado el 2 de abril de 2025].